

CAPÍTULO X.

1770-1772.—Franklin.—Edicto del rey de Prusia.

Después de los sucesos ocurridos en Boston en 5 de Marzo de 1770 hasta el mes de Mayo de 1773, hubo un momento de tranquilidad que hubiera podido engañar á cualquiera acerca del verdadero estado de la situación; mas esa tranquilidad era mas bien aparente que real.

Después de la ley que revocaba los derechos sobre todos los artículos excepto los impuestos sobre el té, las colonias habian renunciado á permanecer firmes en su primitivo propósito de la no-importación, y reanudaron sus relaciones mercantiles con Inglaterra, escepcion hecha de las que debian mediar con la exportacion del té á América. En eso solo habia insistido el Parlamento para hacer reconocer su supremacia; mas en eso tambien hicieron hincapié los plantadores para hacer resistencia á la metrópoli. Y tanto mas fácil era á los colonos esa resistencia, cuanto que no les acarrea ninguna especie de mortificación. Teniendo las costas una estension de mil quinientas millas, era de consiguiente imposible impedir el contrabando; contrabando que los habitantes todos consideraban como una obra eminentemente patriótica. Nada les importaban las prohibiciones reales, porque, segun decia Franklin, *mejor pagan los comerciantes que los reyes*. Por patriotismo ó por interés, los guarda-costas y empleados de las aduanas cerraban los ojos ante aquellas importaciones que se hacian por puntos diversos. Holandeses, daneses, franceses, todos se entregaban al lucrativo negocio del contrabando. Franklin calculaba que en América habia un millon de personas que tomaban té dos veces al dia, no bajando el importe de

ese té de 12.500,000 francos anuales, cuya cantidad perdía el comercio de Inglaterra. Los tés de la Compañía de las Indias se pudrian materialmente en los almacenes, al paso que en el año 1772, las aduanas americanas habian percibido en concepto de derechos sobre aquel artículo, 85 libras esterlinas. Á ese precio compraba la metrópoli el reconocimiento de su supremacia; por esa mezquindad sostenia tropas, una armada y un enjambre de empleados en América. Inglaterra se habia propuesto herir el orgullo de los plantadores en perjuicio al mismo tiempo de sus intereses, mas los plantadores fueron quienes á su vez lo hacian con respecto á Inglaterra con una perseverancia y union que el tiempo hacia mas firme y compacta.

Si durante esos tres años Inglaterra no tuvo que temer mucho por América, en cambio América estuvo muy lejos de ver asegurada su tranquilidad. Todo arrastraba fatalmente á emprender una resistencia armada. Los espíritus mas tranquilos, las gentes mas sensatas, Washington, por ejemplo, comenzaban á desconfiar de una paz duradera con la metrópoli. Así en Virginia como en Massachusetts, todos se iban de dia en dia familiarizando con la idea de una separacion.

En Boston sobre todo habia un hombre que desde el primer dia y aun en medio de las esperanzas de reconciliacion que habia infundido la promulgacion del bill de 1770, consideraba la lucha como próxima é inevitable. Ese hombre era Samuel Adams, alma de la revolucion.

Otis habia sido en 1763 jefe del partido con motivo de su famoso discurso sobre los *writs of assistance*; su talento y elocuencia le habian conservado en primera fila por mucho tiempo, y aunque la inconstancia de su carácter y los legítimos recelos que surgian en su espíritu ante la idea de empeñar á su país en las sendas de lo problemático y desconocido le habian sugerido con frecuencia la adopcion de medidas que se reputaban actos de debilidad, es lógico en último resultado temer por la suerte de la patria. Pero en 1769, habiéndose publicado cartas del gobernador Bernard y de los comisarios de aduanas, cartas dirigidas al gobierno de Inglaterra que acusaban á Otis de traicion, como que éste protestara en un manifiesto contra esa impostura, al dia siguiente fué Otis brutalmente atropellado en un café por Robinson, comisario de la aduana, recibiendo aquel una herida tan grave en la cabeza, que le acarreó una enajenacion mental.

Desde entonces, no fué mas que una sombra de sí mismo; su espíritu, impresionable por naturaleza como lo es el de todo orador, no brilló mas que á intervalos. Constantemente noble y grande en sus momentos de lucidez, no quiso vengarse, y creyendo que no se compensan con dinero tamaños atentados, habiéndole concedido el jurado 2,000 libras esterlinas por vía de indemnizacion, suma considerable para la colonia, dando gracias por agravios, como suele decirse, condenó á Robinson al pago de aquella suma.

En 1770 Boston le declaró benemérito de la patria por el infatigable celo y patriotismo de que habia dado pruebas desde el principio de las disensiones de América con Inglaterra; sin embargo ese homenaje que tanto merecia no podia devolverle la salud. Se retiró al campo, en donde vivió languideciendo siempre por espacio de diez y seis años, teniendo intervalos de lucidez y de locura. Allí murió de una manera extraña en 23 de Mayo de 1783. En uno de esos chaparrones tan frecuentes en primavera, estaba Otis en la puerta de su casa contemplando el cielo, cuando de repente brilla un relámpago, uno solo, y Otis cae víctima del rayo.

Así acabó un hombre, desgraciado juguete de los caprichos de la fortuna. Todo le hizo falta en los precisos momentos, en que, alcanzada la edad madura, podia disponer de la suerte de su patria, poniéndose á su servicio. Otros mas afortunados, pero no de tanta abnegacion, continuaron y concluyeron la obra que él habia comenzado en tiempos en que la resistencia era poco menos que inútil; la historia empero no debe quedarle desagradecida, y en el pedestal de la pirámide de la libertad norteamericana grabará el nombre del patriota, del mártir James Otis.

Habiendo desaparecido Otis de la escena política, cuatro hombres se pusieron al frente del movimiento. Samuel Adams, puritano; John Hancock, rico comerciante; José Warren, que habia de morir á consecuencia de una herida recibida en Bunkerhill, en el primer encuentro con los ingleses, y John Adams que un dia debia ser embajador en Saint-James y presidente de los Estados Unidos. Mas desde 1770 hasta 1773, el alma del movimiento es Samuel Adams, llamado por los Ingleses el *gran incendiario*. Échase de ver su rudeza y su inflexibilidad en todos los debates y dificultades que se suscitaron entre la asamblea del Massachusetts y el gobernador Hutchinson.

Esos debates fueron perpétuos, ó mas bien, el gobernador tenia que eludirlos suspendiendo continua y sucesivamente las sesiones de la asamblea.

En 1771, Hutchinson no quiere consentir en la ley del impuesto, por no haber eximido de su pago á los comisarios de las aduanas que son empleados de S. M.

«Ese vuestro proceder, dijo la asamblea, y el motivo que segun vos os induce á obrar así, es algo extraño y alarmante; nos hablais de comisarios de aduanas de S. M.; nosotros no sabemos que es eso. Ignoramos asimismo lo que pueda ser esa gabela que S. M. tiene el derecho de establecer en América. En todo eso no, acertamos á ver otra cosa que un tributo que se pretende arrancar de hombres, que si tienen propiedad, tienen tambien derecho á disponer de ella á su merced.

»Dar fuerza de ley á instrucciones reales, con menosprecio de la carta provincial, seria reducir á los representantes de un pueblo libre á la fatal alternativa de no votar mas impuestos ó de votarlos únicamente como mejor pluguiera á los ministros de S. M. en ventaja esclusiva de sus paniaguados.¹»

Á tan altivo lenguaje contestó el gobernador, suspendiendo y aplazando la reunion de la asamblea. Al reunirse de nuevo en Junio de 1772, Hutchinson declaró que el mismo gobierno inglés habia señalado y fijado el haber del gobernador, de modo que, prescindiendo del voto de la asamblea ese magistrado debia cobrar 7,500 libras esterlinas del producto de las rentas que devengara América.² Terrible fué el efecto que á la asamblea produjo esa noticia, los plantadores no comprendian siquiera que el gobernador no fuera un agente suyo, un simple mandatario del pueblo. Rogaron á Hutchinson que tuviera á bien recibir un sueldo inmediatamente de la asamblea y no del gobierno. Mas el gobernador se negó á ello.

Desde lo del acta del sello, nada habia herido tanto la susceptibilidad de los puritanos del Massachusetts como esa situacion en que por disposicion del gobierno inglés estaba colocado el gobernador. De manera que de hecho se hacia independiente de la asamblea y del país. No se limitaron los colonos á discutir esa cuestion en la asamblea; el pueblo quiso manifestar su oposicion; y como que el Massachusetts estaba dividido en *townships* ó municipios, que eran verdaderas repúblicas, en que el pueblo tenia el derecho de reunirse, por doquier se verificaron *meetings* para protestar contra la usurpacion de los derechos de las colonias. Esos *meetings* comenzaron en Boston en 2 de Noviembre de 1772. Hacer desistir al

¹ Pitkin, tom. I, pág. 245.

² Id. id. pág. 248.

rey ó establecer una república á semejanza de la holandesa, y abrir á América al comercio del mundo entero, tal fué el tema que con mas frecuencia se puso á discusion en esas reuniones. Es decir que el poder, la revolucion pasaba de la asamblea al pueblo, para no salir ya mas de su dominio.

En el primero de esos *meetings*, habido en Boston, en virtud de una proposicion de Samuel Adams, se eligió un comité de veintiun miembros para consignar en un programa los derechos de los colonos como hombres, como cristianos y como súbditos.

En 19 de Noviembre el *meeting* adoptó ese programa redactado con habilidad suma, del cual se imprimieron seiscientos ejemplares, que fueron distribuidos por todas las ciudades de la colonia.

En su calidad de hombres, los plantadores, fieles discípulos de Locke, reivindicaban la libertad y la propiedad, derechos sagrados que no podia regular el gobierno sin su espreso consentimiento.

Como súbditos ingleses reclamaban los derechos que les garantizaba la gran Carta y el bill de los derechos de 1689.

Como cristianos, reclamaban la libertad religiosa, amenazada, en su concepto, por el proyecto de establecer un obispo en las colonias.

Y por último comenzaban á hacer reclamaciones contra las leyes que perjudicaban su industria, declarando que el acta que prohibia el establecimiento de herrerías era una violacion del derecho que habian recibido de Dios y de la naturaleza, del derecho de servirse de sus facultades é industria para satisfacer sus necesidades y mejorar las condiciones de su existencia.

El manifiesto concluía haciendo un llamamiento á los colonos, invitándolos á sostener ó á reconquistar sus derechos, y librar de una muerte inevitable á su querida y gloriosa constitucion. «Si á pesar de todo, se concluía diciendo, cree la provincia que esos derechos no le pertenecen, ó que no han sido violados, ó que no vale la pena de defenderlos, solo nos queda el recurso de llorar por la pérdida de aquel generoso amor á la libertad civil y religiosa, que en presencia del peligro y hasta de la muerte, indujo á nuestros padres á dejar el seno de su patria y establecerse en el desierto.

» Por lo que á nosotros hace, no nos arredra la pobreza, y menospreciamos la esclavitud¹»

«¡Bravo! exclamó lord Chatam al leer ese documento; esos va-

¹ Pitkin, tom. I, pág. 259.

lientes de la Nueva Bretaña abrigan los sentimientos que debieran abrigar siempre los verdaderos ingleses.» Raros son empero, los hombres de Estado, que á imitacion de Chatam no tienen miedo á la libertad¹.

Esas reuniones inspiraron algun cuidado al gobernador Hutchinson, porque iban tomando ya un carácter imponente. Al reanudar sus tareas la asamblea en Enero de 1773, declaró Hutchinson que aquellos *meetings* eran irregulares y peligrosos. «En ello decia, está interesada la misma Constitucion; en esos *meetings* se llega á negar la autoridad suprema y legislativa del Parlamento.»

Eso era dar pábulo á la discusion, y renovar una llaga que no estaba cicatrizada todavía. La asamblea recogió el guante; no discutió ya si tenia ó no el Parlamento los poderes que suponía el gobernador, antes bien negó que la Cámara inglesa tuviera derecho á sobreponerse constitucionalmente á América:

«Si se nos ofrecen algunos casos, dijo la asamblea, de nuestra sumision á las actas del Parlamento, ha sido ello efecto, ó de nuestra irreflexion ó de la repugnancia que tenemos á oponernos abiertamente á la voluntad de la metrópoli; mas nunca hemos reconocido lo supremacia legislativa del Parlamento²»

Hasta entonces, es decir, hasta principios de 1773, puede decirse que solo el Massachusetts se habia empeñado en todas esas luchas con el Parlamento; las demás provincias se habian resignado ó devoraban silenciosas su propio resentimiento; pero el fuego iba propagándose poquito á poco, teniendo todas las colonias fijos sus ojos en Boston, y cuando en Marzo de 1773, las cartas del *meeting* de Boston y las actas de la asamblea llegaron á Virginia; la asamblea de esa provincia dió un paso decisivo: propuso la union de las colonias.

«Considerando, dijo ella, que la tranquilidad de los fieles súbditos de S. M., residentes en las colonias, ha sido turbada por ciertos rumores y noticias de actas que tienden á arrebatarles sus antiguos derechos legales y constitucionales; y considerando además que los asuntos de Virginia están ligados estrechamente con los de la Gran Bretaña, así como con los de las colonias vecinas, todo lo cual exige un cambio de sentimientos;

» Á fin de calmar la inquietud y tranquilizar el espíritu del pueblo, se ha resuelto que se establecerá un comité de corresponden-

¹ Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. III, pág. 479.

² Pitkin, tom. I, pág. 252.

cia y de informacion, compuesto de once personas (Peyton Randolph, Richard Henry Lee, Patrik Henry, Tomás Jefferson, Dubney Carr, autor de la proposicion, etc.)

»Este comité estará encargado de adquirir noticias auténticas de todas las resoluciones del Parlamento, de todos los actos administrativos que puedan afectar á las colonias inglesas; así como de establecer y mantener correspondencia con nuestras hermanas las colonias, para que así puedan someter de cuando en cuando á la asamblea los resultados de aquellas comunicaciones.

»Otrosí: se ha resuelto que el presidente de esa asamblea transmita á los presidentes de las asambleas de las demás colonias, copias de las susodichas resoluciones, suplicándoles que las sometan á sus respectivas cámaras, y pedir que se establezcan comités que tengan comunicacion con los de Virginia¹.

Aparentemente pacífica, era esta una de las medidas mas graves: proponíase nada menos que la union de todas las asambleas en los solemnes momentos en que Samuel Adams creaba por toda la América, comités de vigilancia, que reunian á todas las colonias en una aspiracion comun, en el sentimiento unánime de la resistencia á la violacion de sus derechos.

De esa suerte amenazaba tomar proporciones colosales el espíritu de independencia, cuando hé aquí que el mes de Junio de 1773, se supo en América que lord Darmouth acababa de sustituir á lord Hillsborough en la Secretaría de Estado.

Lord Darmouth, el buen lord Darmouth, como se le llama generalmente, aun entre sus adversarios, que enemigos no los tenía, era un hombre muy virtuoso y piadoso. Enemigo de la violencia, deseaba que el rey reinara en el corazon de sus pueblos, creyendo, con harta ligereza quizás, que las buenas intenciones bastan para gobernar á los hombres. Segun se dice, era lord Darmouth el modelo que tenia ante sus ojos Richardson, al escribir su *Grandisson*, esa virtud tan perfecta, cuya historia no puede leerse sin morir de tedio.

La asamblea del Massachusetts le escribió desde luego para manifestarle que veria con placer el restablecimiento de la buena armonia entre la metrópoli y las colonias. La carta, sin embargo, contenia el párrafo siguiente: «Si vuestra Señoría tiene la bondad de preguntarnos el medio de que pueda echarse mano para restablecer esa tan deseada armonia, le responderemos que en nuestro concepto, conviene restablecer las cosas en el estado en que se hallaban antes de la última guerra¹, (es decir, antes de 1763).»

¹ Pitkin, tom. I, pág. 251.

blecer esa tan deseada armonia, le responderemos que en nuestro concepto, conviene restablecer las cosas en el estado en que se hallaban antes de la última guerra¹, (es decir, antes de 1763).»

Bueno era el consejo; por desgracia, sin embargo, el ministerio inglés y la misma nacion habian adelantado demasiado para retroceder. Un cambio de ministros era un cambio de personas y no de política, como luego se echó de ver en un suceso que llamó mucho la atencion y en el cual desempeñó Franklin el papel principal. Me refiero á la publicacion de cartas confidenciales que escribieron en Inglaterra Hutchinson y su cuñado Olivier, vice-gobernador; cartas que ponian muy de manifiesto que, á imitacion de su antecesor Bernard, el nuevo gobernador animaba á la metrópoli á obrar enérgicamente contra la colonia, á castigar la resistencia y á acabar con las antiguas libertades.

Algo larga es la historia de todo eso; sin embargo, á mas de que ese suceso forma en cierto modo, parte de la historia de la revolucion, nos pone frente á frente de un personaje que tomó una parte muy activa en el mismo, personaje que encontraremos en mas de una ocasion. Hablamos de Benjamin Franklin.

En esta ocasion, en 1773, Franklin era ya un anciano: habia nacido en Boston en 1706. En sus amables Memorias, él mismo nos cuenta el modo con que á fuerza de trabajo, de paciencia y economía, se habia elevado desde su condicion humilde á una posicion desahogada, y de qué manera el pobre aprendiz impresor que en 1723 partió de Boston sin un cuarto en el bolsillo, habia llegado á ser el rico impresor y editor de Filadelfia, hábil industrial y lo que es mas, fisico distinguido, como que fué inventor del pararrayos y de las chimeneas económicas que llevan su nombre, cuyo último invento no tenia él en menos que aquel otro.

La utilidad, así la particular como la general, era el fin de toda su filosofía; así es que encontramos á Franklin al frente de todos los establecimientos, así de caridad, como de educacion. En 1738 organiza en Filadelfia la primera compania de bomberos y luego despues la primera Compania de seguros contra incendios; en 1742, establece por medio de una susericion la primera biblioteca pública de Filadelfia; en 1752, establece de la propia manera y en la misma ciudad el primer hospital; y por último, en 1754, concibe el primer plan de la Union de las colonias.

¹ Pitkin, tom. I, pág. 237.

En los últimos días de su vida, le vemos establecer una sociedad para la reforma de cárceles y otra para la abolición de la esclavitud (1787). Era pues un filántropo en la verdadera acepción de la palabra.

En 1757, Franklin había sido enviado á Inglaterra, en calidad de agente de Pensilvania. El Massachusetts, el Maryland y la Georgia le habían distinguido confiriéndole igual cargo. De manera que era el verdadero representante de América en Lóndres, y sus representaciones ante el Parlamento habían contribuido no poco á hacer revocar el acta del sello.

Sin embargo, á pesar de toda su esperiencia y sus servicios, no se crea que Franklin fuera muy popular en Massachusetts, que nadie es profeta en su patria, ni sería además oportuno hacer de Franklin el tipo del norteamericano en 1773. Se le echaban en cara tres cosas: su fé, su política y su habilidad.

Su fé escandalizaba á América. Franklin era deista, creía en Dios y en la inmortalidad del alma, siendo en todo lo demás escéptico. El concepto que de Jesús de Nazaret se había formado puede precisarse de la manera siguiente. Decía Franklin: el sistema de moral y religion que enseñó Jesús es el mejor que haya jamás visto el mundo ó pueda ver en lo sucesivo. El horror que le inspiraban el *cant* y los *predicants* protestantes, le había alejado del cristianismo; error comun á todos aquellos que hacen al Evangelio responsable de las faltas de los que lo enseñan.

En política, Franklin se oponía á la separación. Con mucha frecuencia comparaba el imperio británico á un magnífico florero de porcelana que estaria echado á perder el día en que se quebrara en una cualquiera de sus partes.

Franklin había previsto el admirable desarrollo de América á lo largo de los lagos y del Mississipi, y se dice que acariciaba la singular idea de que un día la colonia se sobrepondría á la metrópoli y en que el punto de residencia del gobierno inglés estaria al otro lado del Océano.

Por último, era ya viejo, y con su experiencia detestaba la guerra, diciendo que en su vida había visto buena guerra, ni mala paz. Todo lo confiaba obtener con el tiempo, como que todos los días se multiplicaba la fuerza de América, y hacia inclinarse el platillo de la balanza en favor suyo.

Esa moderación no complacia á los hombres de partido, quienes lo perdonan todo, esceptuando la prudencia; así es que se echa-

ba en cara á Franklin, su fortuna adquirida en ese mundo grosero, y su prudencia temporal. Era maestro de postas de las colonias, empleo que conferia la corona. Su hijo era gobernador de la Nueva Jersey, y secundaba los proyectos del ministerio. Y por último, Franklin, al promulgarse el acta del sello, había hecho emplear en Pensilvania y en la Nueva Jersey á algunos amigos suyos, y en 1772 le vemos formar parte de una Compañía que queria establecerse en el territorio del Ohio.

En una palabra, Franklin era uno de esos hombres, que cuidando de los asuntos públicos, no pierden tampoco de vista los suyos propios, comprendiendo muy bien su deber y su interés. Mas en atención á que son pocos los que tienen la dicha de sostenerse así en equilibrio, y en general abundan mas los que mas bien se interesan por su bien que por el del público, la opinion repugna algun tanto en creer, sino en la honradez, á lo menos en la delicadeza de aquellos afortunados mortales. Ahí está el por qué Franklin ha dejado fama de hombre hábil, mas bien que de grande hombre; á pesar de todo, es cierto que nadie sirvió á su patria con mas talento, con mas honradez, con mas valor y abnegación. ¿Hay alguna razon para que el mundo conciba alguna sospecha de semejantes hombres? No lo censuraré, pero sí diré que Franklin era una escepcion de la regla general. Continúe en buen hora el mundo siendo algun tanto escrupuloso, al tratarse de honrar con su confianza á aquellos contra quienes cabe algun recelo, que en mas de una ocasión no podrá menos que darse la enhorabuena.

Durante su larga permanencia en Inglaterra, Franklin se había relacionado con las notabilidades de la época: con Barré, Conway, Hume, lord Kames, etc. Nadie era mas á propósito que él para el trato de los hombres, como se vió en París, durante el tiempo de su residencia en Passy. Franklin había contribuido en gran parte á derribar á lord Hillsborough, y al nombramiento de lord Dartmouth. Aunque en Inglaterra fuera tan solo un humilde personaje, se había servido no obstante de la prensa para conciliarse las simpatías de los hombres de talento.

Nadie como Franklin supo aprovecharse con tanta habilidad de la imprenta y de los periódicos, nadie manejó tan bien el arma de la ironía, hasta el punto de podersele citar al lado de Swift y Voltaire, si bien que no tiene la crueldad del primero ni la ligereza del segundo.

Un escrito publicado en 1773, en un periódico inglés: *Wood-*